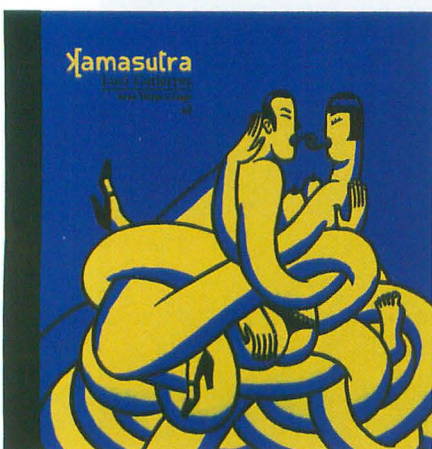
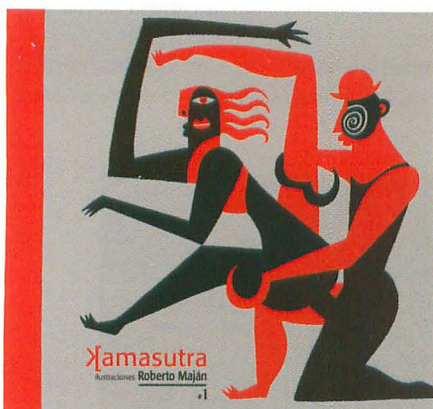


Roberto Maján, Sergio Mora y
Luci Gutierrez

Kamasutras: perdurables objetos de deseo



Hace poco más de dos años recibí el encargo de realizar las ilustraciones que acompañarían a un folleto de prevención de enfermedades de transmisión sexual para gays y lesbianas sordos. Todos los implicados en el proyecto entendimos que cuanto más elocuentes fueran los dibujos, mayor sería su eficacia; así que yo, que no suelo necesitar pretextos para llenar cualquier servilleta de papel con pitos y flautas, me puse a ello con entusiasmo adolescente. El trabajo no me llevó mucho tiempo, apenas un par de tardes; algo simpático y desdramatizador con imágenes inequívocas sobre lo que se debe o no hacer cuando dos chicos sordos se bajan los pantalones. Mientras daba forma al asunto, fraguaba en mi mente la idea del *Kamasutra # 1*.

En aquel momento, mi conocimiento del *Kamasutra* no iba mucho más allá que el del más desaventajado alumno de la más parda escuela. El primer ejemplar que conseguí en un puesto callejero de libros en Soria, cuando todavía cursaba mis estudios primarios, y, más interesado en el aspecto sicalíptico que literario o histórico, era de una edición de bolsillo que publicada por editores mexicanos —¿o argentinos?— y los santos, muy mal impresos en blanco y negro, representaban personajes de mirada oblicua, sospechosamente ataviados con hakamas, kimonos y moñetes. No recuerdo si era con el monte Fuji con que rivalizaban en tamaño esas vergas, pero a pesar de mi juventud, fui capaz de advertir que lo que ahora sería un libro posmoderno, en aquel momento no pa-

saba de chapuza editorial. Así que, una vez entregadas las profilácticas ilustraciones al maquetista, comprometido ya con la idea de realizar la enésima versión del *Kamasutra*, me sentía tan legitimado para ello como el más mercenario de los editores que contribuya a intoxicar los estantes de novedades con otro subproducto comercial. ¿Pensaba en los lectores que no se deciden a comprar *Private* y se conforman con sucedáneos más o menos innobles, cuando ideé el proyecto? No me atrevo a dar una respuesta en uno ni otro sentido; en cualquier caso, mi libro pretendía ir más del de Lupita y sus 1.001 posturas para el amor, del *Kamasutra* lésbico para sumisas, del *Kamasutra* emocional, del *Kamasutra* pop-up, del *Kamasutra* para la nueva mujer onubense, del *Kamasutra* de Krusty el payaso... pero también del de Mallanaga Vatsyayana. Lejos y cerca al mismo tiempo porque con todos estos predecesores buscaría puntos de inflexión. Con el de Vatsyayanà, su cualidad de objeto hipersensual, la importancia del autor, y sobre todo sus infulas de eternidad. Con los demás, el referente para construir la parodia, y —no lo negaré— la pretensión de comercialidad. El libro ilustrado no es un objeto habitual de consumo para el público adulto y la coartada me pareció perfecta para acercar ese mundo a muchos que nunca antes no lo hubieran valorado. Conciliar estas cualidades puede parecer difícil, o no tanto, quizás después de todo sólo se trate de lograr una vuelta de tuerca más. Lo cierto es que si una cosa ha

hecho posible el siglo de las comunicaciones y el intercambio de ideas, signo de estos tiempos, es esta especie de sincretismo y gusto por las mezcolanzas imposibles y sus espontáneas paradojas. Confesado esto, y ateniéndonos al tema que nos ocupa, el de las interpretaciones, podemos detenernos en la siguiente cuenta de este rosario de confesiones: si damos por hecho que Nandim tuvo toda la originalidad necesaria para concederle en exclusiva la paternidad del *Kamasutra*, cosa que desconozco, y que el de Vatsyayana ya fue en consecuencia una interpretación, mi *Kamasutra* nació como parodia de cientos de re-interpretaciones y su grado de bastardía incommensurable. Una re-que-te-reinterpretación podríamos decir. Reflexión que daría paso a otra idea-confesión y que explicaría la identidad de Artichoque como proyecto perdurable: la de hacer una colección de libros de autor. El significado del *Kamasutra*, como idea, como objeto, o como marca, se construye cada día para cada individuo, como la idea misma del sexo, con un apriorismo diferente y, precisamente por ello, es un pretexto susceptible de ser revisado tantas veces como autores prejuiciosos estuviesen dispuestos a ello. Es un hecho que para los ilustradores, a diferencia de otros artistas, o para los que lo prefieran, a diferencia de los artistas, el contenido no supone un obstáculo, si no un estímulo, así que pensar que se sucedieran diferentes remakes no me pareció descabellado. Además de que desconozco si hay ilustrador que con mente extraviada y mano suelta no haya pintado en algún momento pitos y flautas en una servilleta de papel.

El libro de Vatsyayana, la versión más antigua que conocemos, consta de varios capítulos que versan invariablemente sobre el placer, su gestión y función de supervivencia social dentro de la sociedad Brahmán. Uno de ellos recrea posiciones amoratorias cual tratado de ergonomía postural y las clasifica dependiendo de otra enumeración previa, donde hombres y mujeres son animalizados según su morfología. De todos es conocido que ese capítulo es el que ha perdurado en el imaginario popular, y para el común de los mortales el *Kamasutra* no pasa de ser una tabla de audaces ejercicios para gimnastas o iniciados en el arte del yoga. Reseño esto porque la tarea que me impuse en mi libro fue servir de puente entre esa idea y las que me sucederían en los siguientes *Kamasutras*, donde el autor, ya liberado del imperativo de hacer un libro "de posturas", tendría todas las licencias para adentrarse en su propio universo. Si tenemos en cuenta que una definición de in-



terpretar es concebir u ordenar la realidad de una manera personal, podemos afirmar que cuanto más marcada fuera la impronta del autor más "interpretación" tendría el libro. Aunque esto, más que una confesión, parezca un sofisma, lo que es innegable es que la tuerca, de esa manera, daría aún una vuelta más si cabe y las posibilidades quedarían infinitamente ampliadas. Así planteado, parecía lógico sentir los condicionantes de mi labor como una renuncia, pero nada más lejos de la realidad; si se me permite la analogía, ese libro fue un compendio de muchas servilletas de papel, un trabajo en estado meditativo que me permitió reflexionar de una manera más libre sobre la plástica del dibujo, sobre la línea, su geometría y el color. Creo que no repetí ninguna postura, pero si tenemos en cuenta, además, que en muchas ocasiones prescindí de la lógica de la gravedad y de la morfología humana y sus capacidades, combinando y permutando elementos, se podrían haber realizado miles de libros. Luego vendrían más "interpretaciones", y sus autores, además de los referentes antes mencionados, tendrían los de compañeros de proyecto que ya hubieran dejado su poso para la posteridad. Un referente imposible de obviar por su proximidad.

A pesar de todo lo que Artichoque se haya alejado del *Kamasutra* milenario, creo que consigue mantenerse más cerca de él que muchos otros y, al igual que el primero —porque ése es uno de sus propósitos—, establecer un combate desigual contra lo efímero, ser un poso para la posteridad que hable de un

momento concreto, que es una de las más valiosas cualidades del objeto que se quiere cargar de sentido: ser memoria. No la memoria de las piedras que se erosionan cuando el viento impacta sobre ellas. Ni la de la *Venus de Milo*, el *David* de Miguel Ángel o la *Bicha* Balazote que se mojan cuando llueve o se secan al sol. No la memoria utilitaria que nos sirve para comprender la lógica informática, la misma lógica que nos lleva indefectiblemente a prescindir de todos nuestros viejos soporres, llámense vinilo, cinta magnética, papel, lienzo... y del utillaje que intervenía en su mecánica, sea bolígrafo, pintura, instrumento musical... Me refiero a la otra memoria, la que todos conocemos porque es la que nos conforma.

Es difícil determinar en qué grado de bastardía interpretativa nos encontraríamos en un hipotético *Kamasutra* # 50, y si el puente conceptual que se hubiera tendido con el número uno serviría para seguir llamando sin sonrojo *Kamasutra* a la colección. La cuestión quedaría zanjada si la fantasía histórica que albergo al respecto se hiciera realidad: que Artichoque, una vez alcanzado su exitoso *Kamasutra* # 50, desposeyera a Vatsyayana, a Nandim, a todos los editores argentinos o mexicanos y, en definitiva, al mundo entero, de esa marca, y todos los que, a partir de entonces, pensarán en Vatsyayana, lo hicieran como en el inspirador de Artichoque.

Tampoco sabemos si Vatsyayana, de no haberse transmigrado en pepino, se incomodará en su limbo con cada nueva interpretación del capítulo de su libro que sale al mercado en cada rincón del mundo, ni si Nandim lo hizo cuando Vatsyayana resumió y adaptó su extenso tratado seminal. Lo

que sí me atrevo a imaginar es que en vida ambos habrían disfrutado y estimado grandemente el *Kamasutra* de Artichoque. Que habría sido objeto de entusiasmados comentarios sobre sus concubinas y que nunca habrían desmerecido al lado de las ricas sedas y alfombras de sus himeneos. Porque, como bien se empieza a escuchar en tantos foros, sólo hay un objeto más hermoso y perfecto que un "dildo" de poliuretano centrifugado diseñado por Stack, más incluso que un libro: un libro ilustrado.

Roberto Maján

